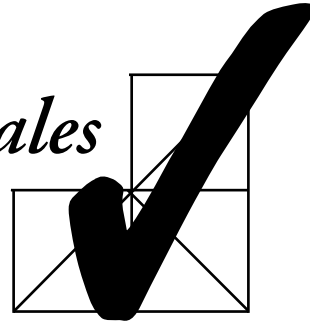


Lecturas y señales

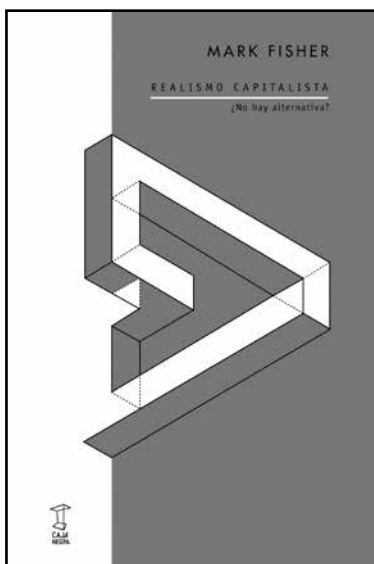


Realismo capitalista ¿No hay alternativa? En memoria de Mark Fisher

Daniel Matusevich

“A consoling thought is that young minds influenced and inspired by his work will soon fill that silence”

Simon Reynolds



Autor: Mark Fisher
Caja Negra, 2006

Sin duda, la prematura muerte por suicidio de Mark Fisher nos ha privado de una de las mentes más lúcidas de estos tiempos; partiendo de la crítica musical ha terminado escribiendo acerca de teoría cultural en casi todas sus formas. Colaborador en “The Wire” y “Sight and Sound” entre otras, fue profesor de filosofía en la Universidad de Londres y en el City Literary Institute, pero es quizás su blog “K-punk” el lugar donde era posible tomar contacto con la frescura y la originalidad de sus producciones antes de que las mismas alcanzaran el formato libro. Este blog constituyó un punto de referencia inevitable a comienzos de la década del 2000, una opción frente a las lecturas convencionales propuestas por la prensa tradicional británica, en tiempos donde las estructuras del imperio estaban comenzando a chirriar.

Simon Reynolds (no podría ser de otra manera) escribió una sentida columna para The Guardian, en la cual planteaba que Fisher “...había construido un puente que unía la estética con la política, la crítica con el activismo, todo hecho con una elocuencia y un rigor incompara-

¹ Fisher es uno más en la lista de aquellos que escribieron sobre suicidio además de suicidarse (Zweig, Pavese, Plath, etc.); en el año 2012 publicó lo siguiente: “...no quiero discutir si tal o cual caso de suicidio fue causado por la nueva legislación. Pero quiero argumentar contra la idea bizarra acerca de que, en principio, los suicidios no pueden ser utilizados como evidencia contra los cambios en el sistema social. ¿Si la muerte de personas como consecuencia de la implementación de la legislación no puede contar como evidencia de que tiene efectos negativos en la calidad de vida, que cosa podría contar?”.

bles, una especie de John Berger post Rave". No deja de ser irónico que el suicidio¹ haya sido el responsable de su desaparición, considerando que abordó la cuestión en repetidas ocasiones; imposible no recordar la nota que publicó en el ya lejano 2012 acerca del suicidio en la vejez y su relación con las políticas de estado aplicadas en el Reino Unido. En la mayoría de sus escritos, de alguna manera emparentados con los de Chul Han (aún no comentado en esta sección), analiza la hipermodernidad y sus circunstancias con algunas de las herramientas que nos aporta el pensamiento filosófico clásico, si bien Fisher se desmarca del autor coreano por el hecho de ser un reconocido militante de la izquierda, en palabras de Žižek "...Fisher siempre escribe desde una postura radicalmente izquierdista". En cambio Chul Han se ubica, creemos nosotros, a la izquierda de la izquierda.

Los elementos de la baja cultura y los de la alta amalgamados al servicio de interpretar una realidad esquiva, en la que la diferencia entre las personas es cada vez menos una posibilidad y más una limitación. Adscribir a diversas teorías era considerado un valor en otros tiempos, ahora más bien es mirado hasta con ingenuidad desde los lugares de poder en donde se forma a las nuevas generaciones de profesionales del futuro (lacanismo puro y duro, asociaciones entre la psicofarmacología y la neuropsiquiatría más borde, negacionismo nosográfico inspirado en la antipsiquiatría de vertiente italiana), que funcionan como fábricas de producir adictos a una sola verdad.

En estas circunstancias, hemos decidido abocarnos a analizar *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?*, publicado originalmente en el Reino Unido en el año 2009 por Zero Books, y entre nosotros en 2016 por Caja Negra, editorial que no deja de sorprendernos de manera cada vez más favorable con sus ediciones de diseño (algo parecido a lo que Zero Books fue para el mundo editorial inglés).

En apenas 152 páginas, que se leen con la avidez de una novela policial, el autor desarrolla una crítica furibunda al sistema de vida actual diseccionando al capitalismo de una manera absolutamente original y accesible tanto para los lectores más avezados como para aquellos simplemente interesados en incorporar algunas ideas rompedoras acerca de la realidad. Parte de la originalidad del autor radica en el sistema de citas e influencias que jalonan los capítulos: P.D. James, John Carpenter, Gilles Deleuze, Franz Kafka, William Burroughs, Michael Mann, Slavoj Žižek, Marshall Berman, Andrei Tarkovsky, Franco Berardi, Oliver James, David Smail, Michel Foucault, Philip Dick, Adam Curtis, etc.

A esto nos referíamos cuando hablábamos de amalgama entre alta y baja cultura, la posibilidad de sintetizar a estos autores abre una puerta a la producción de contenidos alejados del "paternalismo educativo" y de la repetición y el conformismo tan en boga hoy entre los autores más citados por el canon. Vivimos en tiempos en los cuales quizás desde la ya lejana aparición del

texto de Glenn Gabbard (1994)² se registra una ausencia total de textos que permitan discutir los cambios que se están produciendo en el campo de la salud mental, por lo que es imposible capturar la complejidad de un escenario en permanente movimiento. Tal vez la idea central de Fisher consista en la repolitización de dicho escenario como paso principal para cambiar el punto de estudio de la cuestión; dicho proceso implica, según nuestro autor, considerar todas las variables en juego para evitar reduccionismos de cualquier signo. Esta lectura implica el ejercicio de problematizar categorías que se usan de manera acrítica desde hace más de cien años en el mundo de la salud mental y comenzar a imaginar otras posibilidades, tanto en la atención de los pacientes como en las elaboraciones teóricas.

A lo largo de los nueve capítulos las líneas de pensamiento oscilan, pero mantienen el hilo conductor de intentar diagnosticar el momento actual que está atravesando nuestra cultura. Para ello utiliza ejemplos de la vida diaria que hacen que la lectura sea un verdadero placer, por ejemplo, el uso de la metáfora del *call center* (que, sin duda, se puede aplicar a la práctica psiquiátrica) para caracterizar algunos de los peores males del capitalismo: "...la experiencia del *call center* rezuma la fenomenología política del capitalismo tardío, el aburrimiento y la frustración a través de la cadena de representantes, la repetición de los mismos detalles grises de parte de diferentes operarios con pobre entrenamiento y poca información, la rabia que se va formando y que resulta en impotencia porque no tiene un objeto legítimo, porque el cliente en realidad se da cuenta de lo obvio: que nadie sabe qué hay que hacer y nadie haría nada incluso si pudiera hacerlo".

Pero es quizás en el apéndice donde varios de nuestros lectores se sentirán más entusiasmados con las ideas de Fisher, ya que en él desarrolla sus ideas acerca de las circunstancias que caracterizan a la psiquiatría actual, haciendo pasar su análisis por una lectura política que pone el énfasis en la depresión. Su lectura insiste en no tratar la salud mental como un hecho natural, como si estuviéramos hablando, por ejemplo, de las condiciones climáticas; afirma de manera enfática que es necesario volver a discutir el problema creciente del estrés y la ansiedad en las sociedades capitalistas de la actualidad: "...la plaga de la enfermedad mental en las sociedades capitalistas sugiere que, más que ser el único sistema social que funciona, el capitalismo es inherentemente disfuncional, y que el costo que pagamos para que parezca funcionar bien es en efecto alto".

Nuestro autor propone pensar el estrés que pueden experimentar las personas como producto de las condiciones de trabajo deterioradas, corriendo el foco de las características de la química cerebral o de la historia personal ("...el término que he utilizado para describir este campo de batalla ideológico es realismo capitalista y la

² Si bien el manual de Gabbard está escrito desde el psicoanálisis, la apertura teórica del autor y sus múltiples intereses garantizan una amplitud de análisis que siempre ha sido bienvenida pero que lamentablemente no es habitual en el campo Psi.

privatización del estrés ha desempeñado un rol central en su emergencia”). El mundo actual en el que se desarrollan las enfermedades mentales está definido por la globalización, el desplazamiento de las manufacturas por la computarización, la precarización del trabajo y la intensificación de la cultura de consumo. La música de fondo de este panorama está constituida por el despliegue de la competencia individualista que está absolutamente naturalizada y que los jóvenes asumen como parte natural de su formación.

Emparentándose con Chul Han en la propuesta cuando sostiene que los trabajos hoy en día, más allá de lo provisorio que sean, inevitablemente implican que la persona realice otros metatrabajos: la confección de registros, el inventario de objetivos, el compromiso con el “desarrollo profesional continuo”. Las modernas tecnologías no cuentan con un espacio externo en el que uno pueda descansar de ellas y recuperarse; el concepto de espacio de trabajo se vuelve obsoleto, ya que en un mundo donde se espera que un email sea respondido a cualquier hora, los límites de lugar y horario desaparecen.

El complemento de este estado de cosas está dado por las industrias farmacéuticas, quienes son las encargadas de sintetizar y vender drogas para hacer sentir mejor a aquellos trabajadores que el capital enfermó. La infelicidad, el individualismo competitivo y la desigualdad en la distribución de los ingresos son dejados de lado mientras se pone el eje en la deficiencia de serotonina como factor principal. Todas las trabas son internas, la falta de éxito solo se debe al hecho de no realizar el trabajo necesario para reconstruirse, las terapias comportamentales pavimentan el camino hacia el “voluntarismo mágico”: la noción de que con la ayuda experta “puedes cambiar el mundo, porque el mundo es cosa tuya en última instancia, para que ya no te provoque estrés”.

Como clínicos no podemos darnos el lujo de dar la espalda a este panorama desesperanzado, más allá de la angustia que nos produzca; en tiempos donde la figura del psiquiatra psicodinámico está desapareciendo, donde los jóvenes médicos se entrenan solo en prescribir recetas (existen contadas excepciones en las cuales se les enseña de manera muy parcial algún rudimento de psicoterapia manualizada), donde los jóvenes psicólogos son formados bajo la noción polisémica e inespecífica de

padecimiento mental y donde los asistentes a las reuniones científicas son reemplazados por consumidores, las reflexiones propuestas por Fisher constituyen un golpe de *knock out* a la psiquiatría de la transparencia.

Lamentablemente, no está más entre nosotros para seguir contribuyendo con sus ideas a evitar “el infierno de lo igual” y proveernos de un pensamiento valiente que nos ayude a atravesar estos tiempos donde parece que no hubieran opciones, donde pensar distinto no parece constituir una posibilidad, donde los psiquiatras y los psicólogos parecieran estar todos cortados con la misma tijera, donde los temas urgentes (género, violencia, vejez, suicidio) son instalados en la agenda solo desde la corrección política.

Afortunadamente, sus producciones nos siguen acompañando como faro intelectual, cumpliendo la función que cumplían los lentes en la película *Sobreviven* de John Carpenter, permitiéndonos ver la realidad tal cual es con su mensaje contra la manipulación, el corporativismo y la falta de ideales. Está en cada uno de nosotros si nos los vamos a poner o no...

“...la necesidad insaciable de chequear los mensajes, los emails y las notificaciones de Facebook es compulsiva, perecida a la necesidad de rascarse una picadura, aun a sabidas de que así la herida empeorará. Este comportamiento, como todos los comportamientos compulsivos, solo aumenta la insatisfacción. Si no encuentra nuevos mensajes en la bandeja de entrada, uno se siente decepcionado y vuelve a chequear más rápido. Pero si hay mensajes, también nos sentimos decepcionados, porque nunca son los suficientes. No hay techo en la cantidad de mensajes que a uno le gustaría recibir. Sherry Turkle ha hablado con personas que no pueden resistir la urgencia de enviar y leer mensajes de texto incluso cuando están manejando. A riesgo de hacer una broma demasiado sofisticada, puede decirse que es un perfecto ejemplo de la pulsión de muerte, que no se define por el deseo de morir, sino por encontrarse en las garras de una compulsión tan poderosa que uno se vuelve indiferente a la misma muerte. Y lo que llama la atención es la banalidad del contenido de la pulsión. Hablamos de personas que se preparan para enfrentar la muerte por leer a tiempo un estatus de 140 caracteres que saben de antemano que es perfectamente banal.” ■